

Tres instantes de Sarmiento

EN mi época de estudiante, Sarmiento no era para el público de Buenos Aires un grande hombre, sino simplemente «el loco Sarmiento», el Sarmiento de las caricaturas y de las anécdotas que lo pintaban como un maniático de las vanidades.

La gran epopeya civil formada por sus libros y por su acción de luchador, publicista y estadista, no era bastante conocida, o era poco apreciada por la colectividad. A ésta interesábale en él entonces solamente los toques grotescos con que su personalidad aparecía desfigurada.

En ese tiempo Mitre gozaba su perpetua popularidad de admiración y afecto, y Sarmiento adolecía de la popularidad del ridículo.

Pero ya desde entonces había un núcleo que tenía por él la merecida veneración, según pude comprobarlo por una casualidad que me ofreció a la vez la ocasión de verlo y escucharlo.

Una noche, caminando por una calle central de la ciudad, encontré un grupo como de 50 o 60 personas, la mayoría de aspecto distinguido, algunas de figuración política a quienes conocía de vista. Entre ellos estaba el Dr. Aristóbulo del Valle. Por curiosidad me incorporé al grupo y lo seguí sin preguntar adónde iba.

La pequeña manifestación se detuvo frente a una casa de la antigua calle Cuyo; era la casa de Sarmiento; aquel día era el de su cumpleaños. Por uno de los concurrentes a quien interrogué supé que todos los años, en su onomástico, un número de devotos se congregaban para ir a saludarlo.

Avisado de la demostración él esperaba en la puerta. Cuando penetramos en el espacioso patio, ví una mesa arrimada a una pared bajo un pico de gas. Sin preámbulos, Sarmiento, que tenía en la mano un rollo de papel, subió desde una silla a la mesa y leyó el largo discurso que tenía preparado para ese acto.⁽¹⁾

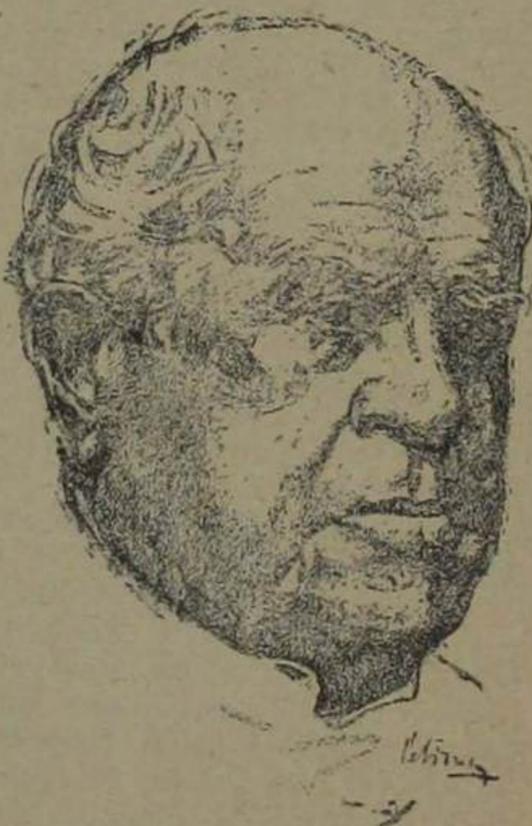
En esa pieza de oratoria, como en la mayoría de las suyas, Sarmiento hablaba mucho de sí mismo.

Esta particularidad, materia de constantes censuras, lo es solamente por juicios superficiales. Un examen imparcial demostraría que más que vanidad hay exceso de franqueza en las apreciaciones favorables que Sarmiento formula sobre sus producciones y sus actos. Otros hubo entre sus rivales

que tenían de sí propios una opinión exageradamente optimista, pero que no la manifestaban en forma espontánea, sino picados por una crítica o una contradicción.

Sarmiento se elogiaba siempre, pero nunca con exageración. Sus famosos autobombos eran generalmente proporcionados a sus merecimientos. Su diferencia con los demás vanidosos es que él se hacía justicia, y para ello no usaba circunloquios ni formas hipócritas.

Si eso constituye un defecto, estaba atenuado por la virtud de que sabía



SARMIENTO

hacer justicia a los demás, aun a sus antagonistas.

Otra circunstancia que no ha sido observada y que es de equidad tomar en cuenta cuando se trata del egotismo sarmientesco, es que por lo común las referencias que hace en sus escritos a su labor de acción y de pensamiento, se vinculan a la vida del país en alguna de las manifestaciones de su naturaleza, de sus costumbres o de su historia. Muchas páginas que parecen personales son de psicología nacional; y cuando menos, traducen hondas realidades humanas. Así los cuadros emocionantes de *Recuerdos de Provincia*.

En el discurso de aquella noche, que leyó admirablemente, sin declamación, pero con ademanes y tonos de voz impresionantes, Sarmiento estuvo formidablemente sarmientesco. Allí, más que en ninguna de las otras piezas que yo recuerdo, su poderoso in-

dividualismo tenía proyecciones abarcadoras de conceptos generales.

La audición de ese discurso me sirvió para alumbrarme un fenómeno mental que ha sido enseñador para mí durante toda mi vida. Desde esa ocasión aprendí a juzgar a los hombres y los libros con un criterio que aplico involuntariamente en todas mis lecturas y mis intercambios de ideas con las personas de todas las condiciones sociales y en todas las esferas de actividad.

Ese criterio es de clasificación de valores por lo que dejan en mi espíritu las conversaciones y las lecturas. Hay gentes cuya charla me entretiene y algunas que me cautivan con el encanto de su palabra, pero que después de oírlas no recuerdo lo que han dicho. Otras en cambio que carecen de atractivos verbales, me dan un punto de vista, me causan una emoción o me abren un vasto horizonte intelectual con una frase, con una observación, a veces con un gesto.

He oído cientos de discursos que me han gustado, algunos que me han entusiasmado y a los que he aplaudido con sinceridad, por la impresión del momento, pero de los que no ha quedado en mi memoria una idea, una imagen. Han sido como trozos de música que conmueven, pero que no se gravan con la reminiscencia de un tono o de una nota.

Lo mismo me pasa con mis lecturas. Muchos libros, tal vez la mayoría de los libros amenos que conozco, me han divertido, me han agradado o me han interesado, pero sin sugerirme un pensamiento, sin despertar en mí ninguna fuerza espiritual latente, sin acrecentar mi yo con una visión nueva de la vida.

En cambio, ciertas lecturas, ya sean o no fáciles y agradables, o ya pesadas, y hechas por necesidad o disciplina, provocan inesperados despertares de mi inteligencia o de mis energías subconscientes; me alumbran como relámpagos en zonas oscuras de mi yo, o depositan en mí gérmenes de vida espiritual que después florecen o fructifican.

Estas experiencias de introspección tuvieron por punto de partida aquel discurso. Las impresiones que me produjo y los conceptos que de él recuerdo, me enseñaron a estimar en lo sucesivo las obras de pensamiento por su poder de fecundación. No me interesa lo que no me semilla mental o afectivamente.

En la pieza oratoria a que aludo, me llamó la atención, y se fijó en mi memoria, una frase profunda consignada allí de paso: «Somos parte integrante del imperio romano». Este concepto audaz y novedoso que yo mencioné accidentalmente en una publicación,

(1) Si hay un joven preocupado — de esos que la Patria anda buscando para crear y crecer — que quiera saber del discurso íntegro a que en este artículo se alude, pase a la Biblioteca Nacional, pida el tomo XXI de las *Obras* de D. F. Sarmiento, ábralo en el p. 92 y léaselo con simpatía.